

Breve semblanza de Rubén

Luis Chumacero

En mi casa fue la primera vez que escuché hablar acerca de Rubén Bonifaz Nuño y de inmediato, cada vez que alguno de los amigos de mi padre lo mencionaba, yo lo relacionaba con un escritor o crítico de artes plásticas —como más adelante le comenté a él mismo—, pues se había dedicado a estudiar y a investigar sobre la obra de Ricardo Martínez. En esa época no sabía que sus talentos, además de las culturas griega y latina, también se habían preocupado por nuestras culturas prehispánicas.

Después supe que había publicado libros de poesía en el Fondo de Cultura Económica y en Joaquín Mortiz, que había nacido en 1923 y que era muy amigo de Fausto Vega, Augusto Monterroso y Enrique González Casanova, además de un escritor que nos gustaba mucho y se llamaba Ricardo Garibay. Cuando llegó a mis manos *Poesía en movimiento* descubrí una parte de *Fuego de pobres* y de *Siete de espadas*. Así, Rubén Bonifaz Nuño se convertía en un autor que mencionaba de otra manera, como los poetas que se nos acercan y nos muestran otro mundo, la ciudad, la lluvia, el frío, la mirada, el encierro, el silencio, y la sensación que dejaba en un incipiente lector era una poesía que no por crearse con un lenguaje coloquial perdía su grandeza.

El también traductor de clásicos griegos y latinos se alejaba de la imagen del erudito que tenía una mirada distante, que cumple su misión encerrado en su biblioteca y cuando sale al mundo sus temas de conversación deben estar relacionados, entre otros, con las obras de Virgilio, de Catulo, de Horacio, con la pintura de Pompeya, la historia de imperio romano, la de Grecia, o con el arte y la interpretación de algunos dioses de la mitología mexicana.

Esta actitud ante la vida nos hizo ver a Rubén Bonifaz Nuño como un amigo, como nuestra “cabecita blan-

ca”, nombre que él se dio, siempre con el comentario cálido, amable, irónico en muchas ocasiones, generoso con su conocimiento y en ocasiones con una bolsa que llevaba para regalar y dedicar su libro más reciente.

Rubén tenía como divisa ayudar a todo aquel que recurría a él para solicitarle una recomendación con el fin de conseguir una cita de trabajo. No estaban reñidos con él la sabiduría, el talento, el sentido del humor, los juegos de palabras, la risa. Entre sus libros favoritos —había quien se sorprendía de eso: eran lectores aficionados, como él decía—, estaban las novelas de Emilio Salgari y el viaje a “las minas del rey Salomón”.

Mientras tuvo fuerza, Rubén asistía a nuestras reuniones, comidas de cumpleaños, despedidas por un viaje; el pretexto era lo de menos. Lo importante era contar con su presencia. Recuerdo con enorme gusto cuando veía que llegaba a la casa de Marco Antonio Campos, a la de Bernardo Ruiz, a la de Vicente Quirarte, a la mía, y también cuando pedía auxilio en un restaurante porque por azares del destino había quedado a merced de algunos que se dedicaban a hablar sobre los pormenores de la actividad burocrática, que él reconocía como un tema de capital importancia que no le interesaba para nada. Finalmente, su ímpetu fue menguando y nos enterábamos de su estado de salud mediante llamadas telefónicas, con la encomienda de que la gente a su alrededor le dijera que habíamos llamado, que estábamos muy preocupados y al pendiente de su estado de salud. Rubén se nos fue apagando, se fue haciendo silencio, se quedó en nuestro corazón, lo apretó la noche.

Adiós, mi maestro Bonifaz. Nos quedamos con tu sonrisa, tu sabiduría, tus ganas de vivir. **u**